DIGAN SUS ELOGIOS

REVISTA CULTURAL Y CAPRICHOS

MARZO 2021

NÚMERO 4

STAFF Y COLABORACIONES

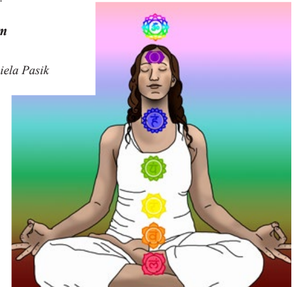
DSE
Directora editorial: ***Daniela Pasik***
Jefa de redacción: ***María Miranda***
Jefa de arte: ***Gladys Bialek***
Consejo editorial: ***Mariana Armelin, Martín Gagliano, María Miranda, Flora Otaño Ezcurra, Daniela Pasik y Darío Sosa***
Corrección: ***Pamela Altieri***
Logo y gráfica: ***Fidel Otaño Ezcurra***
Comercial: ***digansuselogios.comercial@gmail.com***

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Redacción: ***Mariana Armelin***, ***Ernesto Berardino***, ***Magalí Etchebarne***, ***Martín Gagliano***, ***E. Logian***, ***María Miranda***, ***Sergio Olguín***, ***Luciana Pallero***, ***Ricardo Romero***, ***Antonio Santa Ana***, ***Darío Sosa***, ***Cecilia Szperling*** y ***Laura Wittner.***
Ilustraciones: ***Luci Arlequin***
Fotografía: ***Vicky Cuomo***

AGRADECIMIENTOS:
A **Dana Pascal**, que recomienda leernos en una bella nota en la **revista Brando** de diciembre 2020. A la gente que decidió tener una relación estable con **DSE** a través de un **aporte mensual para ayudarnos a crecer**. También a cada una/o de los que en un romance hicieron y siguen haciendo **donaciones a la gorra**. A las personas que se siguen sumando para recibir el **Newsletter**. Al mini aluvión de nuevos followers en una, alguna o todas nuestras redes sociales **(siempre somos @digansuselogios)**. A Sergio Dobkevicius, nuestro programador y genio web. A cada ser del bien que nos dejó elogios.

www.digansuselogios.com

DIGAN SUS ELOGIOS
Directora Responsable: Daniela Pasik
Nº 4, marzo 2021
Bauness 1278, CABA
Registro DNDA en trámite



LLUEVE EN CALIFORNIA

"Cuando llueve en California, te enterás primero por Snapchat, antes de mirar por la ventana", me dijo una conocida hace unas semanas y se rio con ruido. Hasta hoy yo no había entendido del todo el chiste. Van tres días de llovizna persistente y por la calle hay montones de personas sacando fotos al reflejo de las luces en los charcos. En seis meses que llevo viviendo acá nunca hubo una lluvia propiamente dicha, de esas porteñas que suben desde el río y empapan la ciudad. En verano, por ejemplo, hay temporada de tormentas secas, con truenos y rayos, pero sin caída de agua. Parece que se viene el mundo abajo, pero no pasa nada. El calor persiste en este clima que, en estética, invita a la torta frita, aunque al mismo tiempo saca las ganas de prender fuego y cocinar. Antinatural.

Pasé diecisiete años en el mismo trabajo. Desde 2003 hasta 2020. Creí que mi vida ya estaba hecha, que podría cambiar poco y nada, apenas para acomodarme al traqueteo de la vía única. Ir a la oficina, ganar plata, visitar familia, entrenar de vez en cuando, clavar cervezas y salidas con amigas y amigos, cultivar vida interior, adoptar una mascota, escribir, publicar, disfrutar, sentir, amar. Mandamientos que se vuelven pedorros cuando son impuestos, pero que se disfrutan cuando suceden naturalmente.

A las puertas del mejor peor año para hacer cambios drásticos, al que recordaremos con cariño y espanto como 2020, llegó el llamado a la aventura. Y fue literal. Estaba en medio de un corte de pelo cuando el que ahora es mi marido me dijo por teléfono que habían aceptado su posición posdoctoral en Estados Unidos. "Felicitaciones, supongo", me deseó el peluquero; yo balbuceé un tímido "gracias" y seguí de frente al espejo, tratando de ver desde mi sonrisa hacia adentro. Buscando la procesión, sintiendo el cimbronazo de la decisión ya tomada.

No puedo decir que me tomó por sorpresa porque la idea de vivir en otro país estuvo instalada entre Gonzalo y yo casi desde que nos conocimos. Para él es una forma natural de continuar su formación y carrera en ciencia. Para mí, un desafío. Algo que en principio parecía poner fecha de vencimiento a la relación se fue postergando por meses, luego años, hasta que frente a ese llamado tuve que dejar de hacerme el boludo. Y eso es un baldazo de realidad que pega como agua helada. Una verdadera tormenta. Siempre encaré los cambios con miedo. No hay paso a la acción que no me implique tragar hondas cucharadas de incertidumbre. Pero salí a la lluvia.

Hubo muchas cosas en el medio. Incluyeron separación, cuarentena, una mudanza ilegal durante el cierre de la frontera entre CABA y provincia de Buenos Aires, trámites interminables y otros entreveros que alguna vez van a ver al detalle en mi docuserie de Netflix, pero que por ahora voy a omitir de este relato. Hasta que un día de julio subimos a un avión el gato, yo y las dos valijas en donde metí a presión parte de mi vida. Así viajamos a encontrarnos con mi marido, que nos esperaba en San Francisco.

Nota-recomendación para quienes vayan a emprender el mismo camino: piensen con cuidado y tiempo cómo van a resumir lo que tienen y quieren conservar para comprimirlo en solo 23 kilos por valija. A medida que se acercaba la fecha de viaje, todo me parecía indispensable y soltar cosas requirió de un arduo entrenamiento emocional.

No hay una épica triunfal en emigrar a países considerados primermundistas. Al menos no la hay en mi historia y, si la hubiera, la rechazo enojado. Me siento contento, sí. Aposté al cambio total en un momento muy particular, en función de un proyecto de familia, y estoy comprometido a descubrir a dónde va a llevarme esta aventura.

En seis meses aprendí que el picante aparece en cualquier comida, que el deporte nacional escomprar por internet y que se puede equipar un departamento con cosas encontradas en la calle sin problema y, sobre todo, sin vergüenza. También, luego de una corta y poco exigente búsqueda de trabajo, ahora soy barista en un local de té y café. Para alguien que en 40 años se desafió poco a sí mismo, creo, está muy bien.

A pesar de lo caótico que se vuelve lidiar con husos horarios mezclados o pasar varias veces al día del español al inglés y del inglés al spanglish, todo se resume en seguir haciendo lo que hace bien, y de eso también se trata **DIGAN SUS ELOGIOS**. Esta cuarta edición viene con power iniciático para arrancar el año lectivo. En **literatura**, hay **poemas inéditos** de la adorada **Laura Wittner** y **un relato** de **Ernesto Berardino**, autor que presentamos al mundo. **Antonio Santa Ana**, **Cecilia Szperling**, **Sergio Olguín**, **Magalí Etchebarne**, **Ricardo Romero** y **Luciana Pallero** le escriben a sus perros y perras en un **capricho** muy canino. Hay dos **reseñas** de óperas primas: de la novela *Transradio*, de **Maru Leonhard**, en la que **María Miranda** descifra por qué este debut literario fue una de las novedades más interesantes de 2020, y de *Los des años*, el primer libro de poemas de **Mariano Abrevaya Dios**, en donde **Darío Sosa** sigue la pista de esta respuesta artística a la opresión de los años de gobierno macrista. Cerramos con una **entrevista** a **Valeria Lois**, tremenda actriz y mujer puerca que lee febrilmente, por **Mariana Armelin**. Todo ilustrado por el ser multitalentoso **Luci Arlequin**.

Ahora, mientras veo la lluvia por la ventana y no en mi teléfono, pienso que, más allá de las posibles diferencias, la vida es bastante parecida en cualquier rincón del planeta. Que, salvando las distancias y haciendo a un lado las obviedades, como la estabilidad del dólar o las posibilidades casi infinitas de elección de productos en el supermercado, Oakland y Lanús pueden ser igual de mágicas, desoladas o melancólicas. Y también siento, sin poder explicarlo, que venga lo que venga en este nuevo desafío, todo va a estar bien.

MARTÍN GAGLIANO
CONSEJO EDITORIAL

Ilustraciones: Luci Arlequin

SEIS POEMAS PARA CHICOS Y CHICAS, DE LAURA WITTNER

La poeta y traductora tiene un nuevo proyecto en formación junto a la ilustradora Ana Paula Méndez, con quien ya hizo *Cosas que anoté en un cuaderno* (Planta Editora, 2019). Directo de la compu de la autora, un botón de muestra del conjunto de poesías tan breves como precisas. Para seres que recién se adentran en la lectura, también para los de larga experiencia: entre infancias y cualquier edad.

ILUSTRACIONES: LUCI ARLEQUIN

Se pide un deseo
Si está dorada la luna
si fuga una estrella
si arden las velitas
de tu cumpleaños:
a lo que encandila
se le pide vivir encandilado.

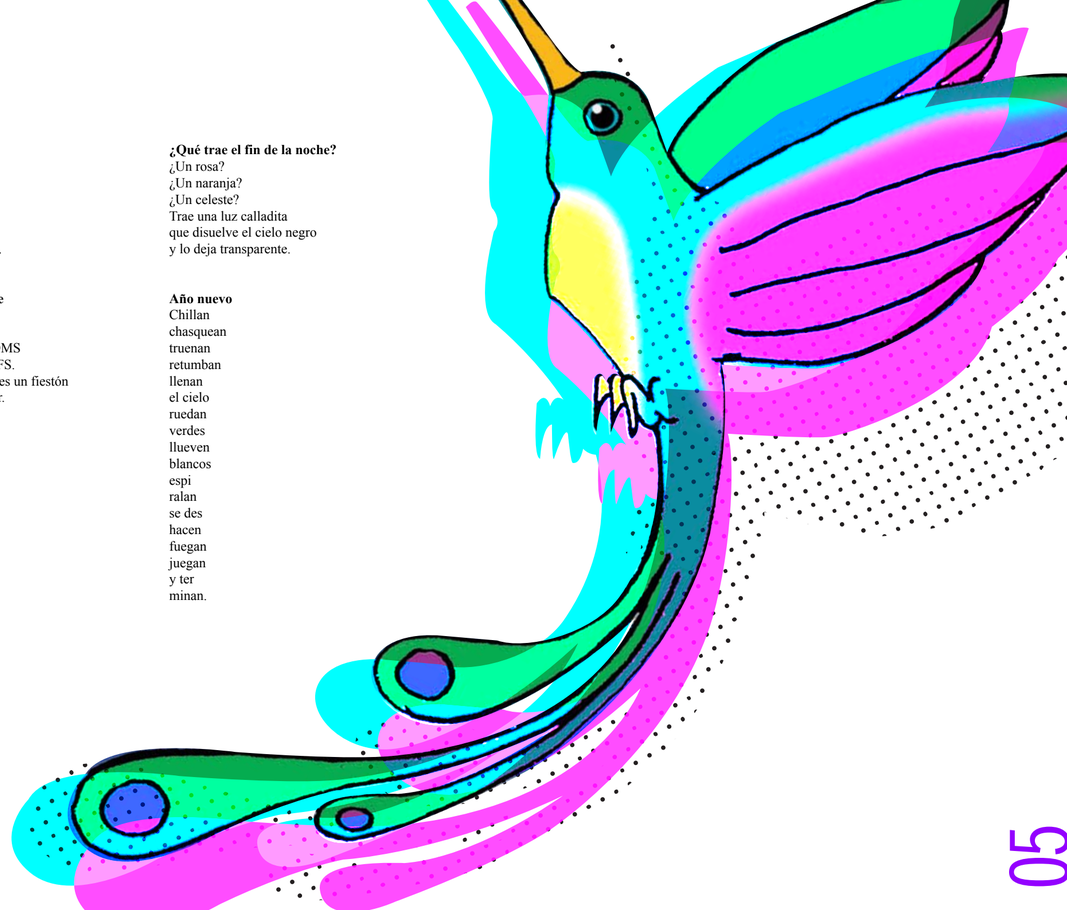
La tormenta si es de noche
se convierte en un fiestón
relampaguean guirnaldas
truena la orquesta con BOOMS
bailan los vientos con PLAFS.
Si es de noche, la tormenta es un fiestón
terrorífico, bestial, liberador.

El campo está oscuro
Pero una magnolia
despampanante
ofrece estrellas.

Nos cuidan
Una luciérnaga
entre los árboles.
Un velador encendido
en la ventana de enfrente.
La linterna que sube
por las escaleras
el día que se corta la luz.

¿Qué trae el fin de la noche?
¿Un rosa?
¿Un naranja?
¿Un celeste?
Trae una luz calladita
que disuelve el cielo negro
y lo deja transparente.

Año nuevo
Chillan
chasquean
truenan
retumban
llenan
el cielo
ruedan
verdes
llueven
blancos
espi
ralan
se des
hacen
fuegan
juegan
y ter
minan.



FUERA DEL CLICHÉ ESCRIBIR + FELINOS: LA ODA DEL TEAM PERRUNO

Gatos, gatas por todas partes y su asociación directa con la figura de quien escribe. Pero hay autoras y autores del otro bando, que viven en devoción canina. El máximo exponente actual es Stephen King y su pequeña Molly, aka the thing of evil, que protagoniza sus redes. Acá, un ensayo coral de algunas plumas fabulosas que le escriben a sus perros y perras.

POR: E. LOGIAN

Además de los pandas, que parecen vivir de ácido, los seres más flasheadores del planeta son los perros. Una botella de plástico puede ser una enemiga mortal a la que hay que masticar; un palo que se va es la obsesión a perseguir; el motor de los autos, un martirio a combatir a ladridos; y morder una ola, aunque se desarme en la boca, el objetivo utópico al que no renunciar jamás.

Qué mejor compañía para quien se dedica a la literatura que la canina. Los perros son la imaginación al poder y, de bonus, obligan a despegar al menos dos veces por día el culo de la silla para salir a caminar, juntar endorfinas y volver a los teclados. Guau, ¿no? Hay mucho por agradecerles. ¿Qué le dirías si supieras que realmente puede entender y responder? Le hice esa pregunta a seis escritores/as que admiro y viven una vida de perros (o sea, feliz y arengada).

Antonio Santa Ana, celebrado autor de LIJ, editor iluminado y adorable villano en Twitter, le escribe una carta de amor a Misha, su secretaria. Escritora, gestora cultural y activista, la power **Cecilia Szperling** se derrite como helado al sol cuando habla con Ponyo. El genial **Sergio Olguín**, creador de, entre otros hits absolutos, la saga policial protagonizada por Verónica Rosenthal, le hace un reclamo al enorme chihuaha Taquito. **Magalí Etchebarne**, que publicó el brillante libro de relatos *Los mejores días* (Tenemos las máquinas, 2017), cuenta cómo es su secuaz Pipita. **Ricardo Romero**, que acaba de editar *Big Rip* (Alfaguara) y escribe novelas tan largas como fabulosas, fue por la síntesis para decirle algo a Paco. Y **Luciana Pallero**, autora del libro de cuentos *Ojo animal* y la novela *La máquina de pelar manzanas* (Blatt & Ríos 2020 y 2016), le dice un aluvión de cariño a Manchita, su compañera.

Acá está, este es, mi cuarto capricho de una serie. Muevan sus colas, pasen y lean.

ANTONIO SANTA ANA

Querida Misha:

Compañera, amiga, secretaria mía. La hemos pasado bien juntos, ¿verdad? Previo a la pandemia te gustaban nuestras largas caminatas por el barrio, en especial en otoño que a vos te gusta tratar de morder las hojas que caen de los árboles. No solés lograrlo debo ser honesto… También hemos pasado algunos momentos duros, ¿no? Como cuando la oncóloga te miró y dijo que lo veía complicado. Pero, querida Misha, amiga, compañera, secretaria mía, luego de visitas y visitas a la veterinaria te dieron el alta.

Valoro mucho, eh, no vayas a creer que no, que llores de alegría cada vez que nos visitan nuestros amigos, eh, también que cuando la psicoanalista que vive con nosotros, y atiende por videollamada, tiene pacientes con mucha angustia, me pidas que te abra las puertas para ir a sentarte a su lado durante toda la sesión. Valoro mucho, también, que estés esperándome en la puerta del baño cada vez que voy o que te tires sobre mis pies cada vez que lavo los platos, eh.

Recuerdo que te gustaba mucho, de joven, William Ospina y que te comiste su poesía completa. Pero, querida Misha, secretaria mía, amiga, compañera, cuando estoy leyendo o escribiendo en mi estudio (ambos sabemos que es presuntuoso llamarlo así, claro) Misha, querida ¿podés evitar tirarte pedos?

Saludos cordiales,
Antonio

CECILIA SZPERLING

¿Por qué de noche me abrazás y te dormís al lado mío como un peluche y de día rompés todo? Corpiños, celulares, gafas. Auriculares. Te gusta lo caro, lo que más me importa y lo que cruje. Todo cruje durante el día. A la noche sos la perra de mi vida. De día, una demonia fuera de control.

SERGIO OLGUÍN

En mi opinión, Taquito, deberías replantearte esta costumbre de ladrar por cualquier cosa. Yo sé que está en tus genes de chihuahua y mini pincher esa tendencia a manifestarte con ladridos ante todo lo que ocurre, lo bueno y lo malo. Pero de la misma manera que te quedás calladito cuando estás en brazos o cuando Bowie, la gata, te pega un manotazo amistoso, podrías hacer lo mismo en muchas otras ocasiones. No quiero coartar tu libertad de ladrar, aunque a veces lo parezca cuando te tiro un chancletazo. Es una sugerencia. Incluso pienso que a Bowie le gustarías más. Que esa paciencia que te tiene se convertiría en amor. Pensalo.

MAGALÍ ETCHEBARNE

Pensé y pensé qué le diría si me entendiera. Pero después me di cuenta, ¡si ya me entiende! Sabe cuándo me preparo para salir y ella me avisa que también está lista. Ir al parque es lo que más le gusta, pero también entiende cuando le digo que estoy saliendo por otra cosa, que ahora vuelvo. Cuando lloro, se me sube encima y es su forma de abrazarme. No le gustan las motos, y mucho menos las que explotan cuando encienden. Tampoco le gusta los ruidos fantasmales y cuando mi papá murió estuvo meses ladrándole a su galpón esperando que él saliera.

Cuando venimos al café de la vuelta de casa yo me siento en esta mesita y ella se acuesta debajo de la silla por la sombra, pide agua sacando la lengua afuera y el mozo le trae un tachito con agua. Toma una pastilla para su salud y, ya sabe, abre la boca y no la escupe. Siempre le digo que es muy linda y cuando agarra algo que no debe yo solo digo "uhhh" y entonces se acuesta panza arriba para compensar.

Le hablo todo el tiempo, y aunque es verdad que no me responde, no podría decir que no me entiende. Silvina Ocampo dijo sobre su perro: "No poder repetir algo que Áyax me dijo me parece ahora extraño, pero, ¿acaso hablar es tan importante?". Solo alguien que no conoce a los perros podría confundir silencio con distancia. Yo siempre le digo gracias y, como me dijo una vez una amiga, solo espero ser una pizca de lo maravillosa que ella cree que soy.

RICARDO ROMERO

Y le diría: "Queda entre vos y yo. Yo no cuento tus secretos y vos no contás los míos".

LUCIANA PALLERO

Manchita, Manchi, bebé, chiquita, porota: aprovecho esta oportunidad para pedirte disculpas por todo lo que te hice, por mis traiciones. Como la vez que dormías, entró un gato a nuestro patio y yo no te avisé. O la vez que me dio pereza comprarte la pipeta de las pulgas mientras te veía rascarte. Pero, sobretodo, lamento sinceramente haberte comparado permanentemente con mi otra perra, la anterior, la que se había muerto. Y todavía lo hago a veces. Así de imperfecta soy, lo siento. Aunque sé que a las perras eso no les importa porque son fieles, necesito pedirte disculpas, verbalizarlo y, si es públicamente, mejor. Qué me importa si quienes lean esto puedan pensar que me falla la cabeza, que mi problema es no tener un hijo, que no se puede pasar toda la vida rodeada de animales. Total, vos y yo sabemos que a veces tenemos que disimular la felicidad, por la envidia. Nosotras no envidiamos la familia, no nos preocupa a quién le voy a heredar mi poco o mucho patrimonio, no nos interesa el futuro, nos concentramos en esto que pasa ahora, que no es nada ni para la historia de la humanidad, ni para una divinidad que nos observa, ni para nada, es esto, esto solo que no dura, que se termina ahora, esto que existe entre nosotras ahora. Y así vivimos.

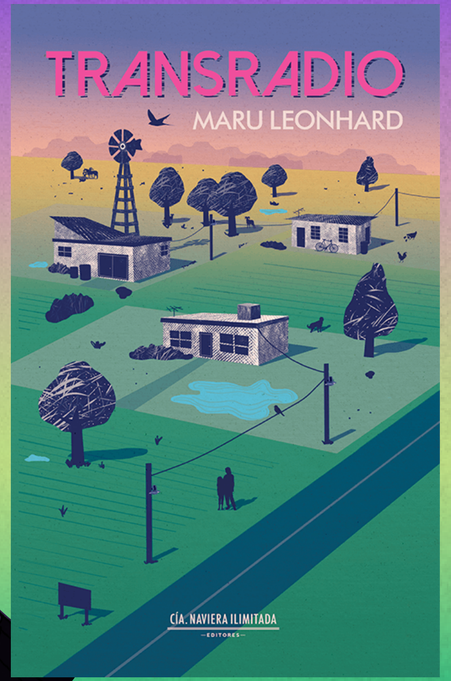
Muchas gracias a Antonio Santa Ana, Cecilia Szperling, Sergio Olguín, Magalí Etchebarne, Ricardo Romero y Luciana Pallero por perrear en este capricho Y un chin chin a Daniela Pasik por la producción divina.

Fotos: cada humano/a de cada perro/a.

TRANSRADIO, DE MARU LEONHARD: UNA HISTORIA DE FANTASMAS SIN FANTASMAS

No es casual que su primera novela esté repleta de escenas casi cinematográficas. La autora estudió Diseño de Imagen y Sonido y trabaja como editora audiovisual. Tampoco es fortuita la fuerza de sus diálogos, porque es guionista. ¿Qué hizo de este debut literario una de las novedades más interesantes de 2020?

POR: MARÍA MIRANDA



Ilustraciones: Luci Arlequin

Volver al pasado, a veces puede ser el único punto de fuga para curar un dolor. Pero si no sucede, si la tristeza no logra escaparse, el presente se convierte en una amenaza. En *Transradio* (CÍA. Naviera Ilimitada, 2020), su primera novela, Maru Leonhard narra, de forma simple y visceral, cómo es atravesar un duelo que parece no tener fin.

Isabel, joven, recién casada, carga una pena inmensa que no la deja disfrutar de su vida en Buenos Aires. Ya no la siente propia. Necesita irse. Entonces convence a Martín, su pareja, para que la acompañe a su casa de la infancia en Transradio, un pueblo árido y olvidado a un poco más de dos horas de la ciudad. Ese lugar que habitó durante los primeros años de su vida, hasta que hubo una inundación.

La vivienda, maltrecha y abandonada, se convirtió en el mito embrujado y el objeto de historias tenebrosas del pueblo. La gente recibe a Isabel con recelo. Pero ella confía desesperadamente en que ahí va a poder estar bien. Hace de aquella casa un refugio. Martín la acompaña hasta donde puede, finalmente la deja sola, y la protagonista no pone peros. Se queda. Comienza a vivir acompañada de sus recuerdos.

Volver a la casa de la infancia es el remedio que Isabel necesita que funcione para huir de una pena que le agrieta el cuerpo. Pero el dolor no se va. El duelo parece no tener fin. Como en una espiral, cada vez más lejos del mundo y de sí misma, ella deambula entre los vecinos del pueblo, que la traen a la actualidad, y su casa casi gótica, que la ancla a lo que ya no es.

Una mujer con un hijo con síndrome de down, un viejo con una montaña de carbón, una anciana con demencia y depresión, una amiga de la infancia, un niño que vive al lado. Cada una de estas microhistorias tienen vuelo propio y a la vez retroalimentan la de Isabel, que poco a poco encuentra en esas personas respuestas a preguntas que carga desde su infancia y un espacio de desahogo para la pena que la inunda y ellos desconocen.

“Los ladrillos de vidrio del ventiluz estaban cubiertos por una capa de polvo reseco. Me subí al borde de la bañera, les pasé un trapo mojado y el agua borrosa bajó por los azulejos amarillos, la luz del sol atravesó el vidrio, de pronto el baño se volvió naranja y mamá canta, conmigo en brazos, envuelta en una toalla rosa”, recuerda Isabel en la primera página.

Los flashbacks de su infancia en Transradio la sacuden a lo largo de la trama. “Todavía estaba blanca y con los labios descoloridos, un poco resecos. La vi a mamá. Se pasaba el dedo dibujando el contorno de sus ojeras liláceas. La imité. Se soltó el rodete y movió los rulos, desordenándolos para que quedaran ordenados. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, me sacó la lengua. Yo sonreí, ella también”.

Desde el inicio de la novela, está presente el vínculo con su madre muerta, y es algo que se mantiene a lo largo de la trama. La protagonista dialoga con el recuerdo de lo que cree que vivió y lo que pasó realmente. Se confunde, y a medida que todo se le desordena, busca con más desesperación respuestas.

Maru Leonhard construye el suspenso desde el principio y tensa la trama, por momentos asfixiante, con simpleza para contar, sin vueltas, la historia desgarradora de Isabel, una joven que huye de su presente volviendo al pasado. Hay un hecho traumático que la protagonista intenta reconstruir, junto a otros fragmentos de su pasado que se repiten constantemente. Los recuerdos se mezclan con los sueños, y los sueños se intercalan con lo que imagina ver en la casa y con lo que cree que vivió. De esta forma, el relato se va enrareciendo y la autora acomoda estas piezas como si armara un rompecabezas.

Transradio es una novela corta, de solo 137 páginas, que por debajo de su historia simple y cotidiana, pero movilizante, construye un relato sobre la memoria y lo que se distorsiona para sobrevivir. No tiene nada sobrenatural, pero Maru Leonhard aprovecha estas herramientas para mostrar cómo la realidad puede asustar cuando el dolor no encuentra un punto de fuga.

Transradio (CÍA. Naviera Ilimitada, 2020), de Maru Leonhard.
Se consigue en físico y en digital.

UNA OVEJA GALESA, UN RELATO DE ERNESTO BERARDINO

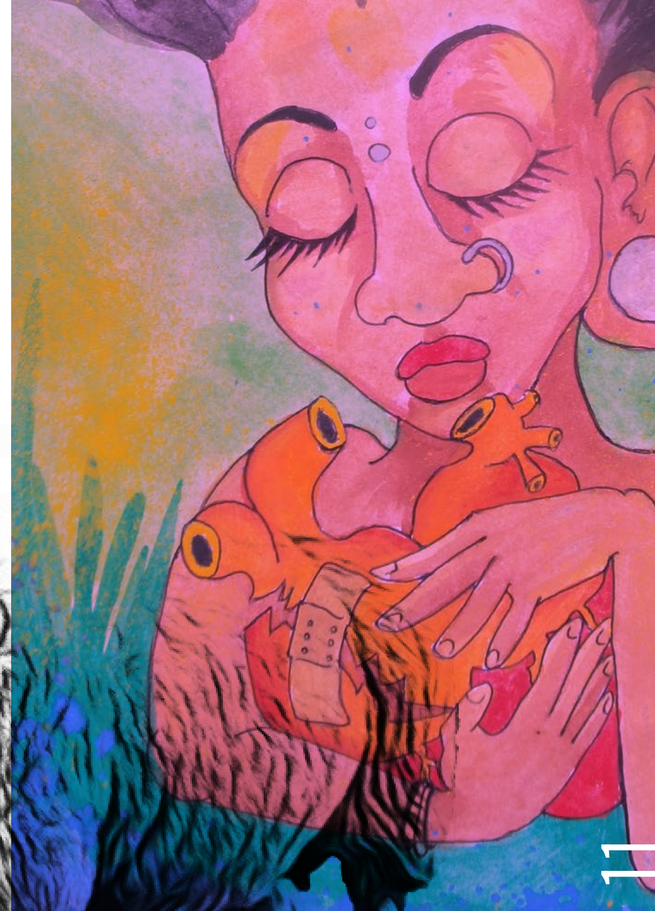
La participación afectiva de un hombre en la realidad de un animal que se muere, un cancionero ochentoso y un drama bajo la lluvia que se disfruta como comedia. Un momento involuntario de empatía extrema que ayuda a descubrir el infierno propio para presentar a este autor que viaja de la dramaturgia a la literatura con la habilidad de colocar el storytelling al servicio de la escritura.

ILUSTRACIONES: LUCI ARLEQUIN

Llovía como dos tercios del año en esa región de Pembrokeshire, Gales.
Estaba de visita en la casa de mi amiga Anna Williams, con quien habíamos trabajado en tres ediciones muy divertidas y mal organizadas del Galway Festival en Irlanda, por lo menos una década antes. Ella tenía 65 años y vivía en medio del campo. Experiodista de la BBC y productora de grandes eventos culturales, se había retirado a su casa de nacimiento, un lugar que pertenece a su familia desde hace dos siglos. Lo del retiro es una forma de decir. Rentaba varias hectáreas durante cuatro meses para que fueran a pastar ovejas de otros. No solo alquilaba las parcelas, además se ocupaba de que los animales no se escaparan, no se enfermaran y no murieran. El resto del año hacía los preparativos necesarios, que eran muchos. Además, se ocupaba de la capilla del pueblo, sin ser creyente. No era la primera vez que yo iba buscar paz a su casa.

Llovía ese día. Luego de dos noches de sueño en otro lugar, lejos de Londres, me desperté distinto, más relajado. Después de desayunar el bol horrendo de porridge, un preparado caliente a base de avena y leche que con canela mejora bastante, pero sin nada puede ser vomitivo, iniciamos la recorrida de las parcelas. Yo ya había aprendido a contar las ovejas. Si bien parece ser algo tonto, tiene sus mañas, ya que se mueven y ese orden móvil de los factores altera permanentemente el fucking producto.
Una pesadilla y, al mismo tiempo, la mejor forma de parar de pensar. Una tarea ideal para olvidar las discusiones de las últimas semanas. Lo que a Anna le llevaba menos de un minuto, a mí me costaba cinco y en general lo hacía con errores. Ella se burlaba y decía que nunca me ganaría el Bachelor Degree of Sheepping from Pembrokeshire. Jamás terminó de creer que, antes de ir a su casa la primera vez, yo podía confundir fácilmente una oveja y una vaca. Las nubes infinitas tocaban los campos en el horizonte y la llovizna persistía.

Todo venía regularmente bien hasta que llegamos a la cuarta parcela. Nos dimos cuenta de que una de las ovejas estaba volteada, upside down, patas pa' arriba. Aprendí más tarde ese día que las ovejas embarazadas de mellizos o trillizos a veces tienen en el último mes un gran déficit de glucosa, llamado toxemia o



también ketosis, que las deja panza al cielo, en estado patético, y puede llevarlas a un coma químico o hasta matar a la madre y eventualmente también a los bebés. Todo es cuestión de tiempo, de en qué momento de la crisis la encuentres. Como con todo.

Anna aceleró el ritmo. Percibí que subía la tensión, pero yo aún no entendía cuál era el problema. Se tiró al suelo buscando los ojos del animal. Los tiene muy rojos, dijo. A mí todo me parecía una ficción. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y sentía una gran impotencia. No solo no podía ayudar, eso era obvio, sino que no llegaba ni siquiera a captar el tamaño del problema ni a tener registro de la gravedad de la situación. Nada de lo que había sucedido en mi vida y para lo que me había preparado indicaba que iba a terminar en un campo lleno de ovejas afrontando la crisis de vida o muerte de una de ellas. Lo más cercano que había estado de algo así había sido viendo *La familia Ingalls* cuando era chico y ahora me sentía tonto como Almanzo Wilder, a quien detestaba por ser el novio de Laura. Aunque ya tenía bastantes más años que Charles, seguramente, todavía seguía pensando a veces en las pecas y la sonrisa de su hija de trenzas.

La oveja. Sí, la oveja se moría. Anna me dijo se muere, tenemos que hacer algo urgente. Intentó contactar al veterinario del pueblo por teléfono, pero sin éxito. Decidió que tenía que ir a buscarlo, que no había tiempo, la madre se moría. Sentí su angustia y, al mismo tiempo, volví a admirar, como siempre, esa gran capacidad suya para tomar decisiones que la caracteriza. Se iba a buscar al veterinario para que le dé a la oveja una inyección de glucosa. Y yo, ¿qué hago, Anna? Tenés que quedarte con ella. ¿Eh? Y cuando mi cerebro volvió a las tres dimensiones de donde me encontraba, mi amiga ya estaba en su auto, alejándose.

Una corriente extraña me sacudió el cuerpo. ¿Qué hago acá? La oveja me miraba. Sufría. Yo miraba a la oveja. Esos ojos rojos, llenos de sangre en el lugar equivocado. Llovía. Deseé que por favor se abriera la tierra y desapareciéramos la oveja, sus mellizos, la lluvia y yo. Quise irme y dejar que pase lo que tenga que pasar. No era mi problema. Pero un segundo después entendí que todo lo que nos pasa es nuestro problema. Tuve ganas de estar en Londres, con Giulia, en casa, en el sillón mirando tele y esperando una pizza con una copa de vino en la mano, como antes, como cuando todo era cero problemas.

Pasaron unos minutos. Como la tierra no se abría, no tenía copa de vino en la mano, en esa región no existe el delivery y me sobraban problemas con Giulia, acepté la situación. Intenté conectar con la oveja, a ver si la podía ayudar. No sabía cómo. Así que la comencé a acariciar. Era suave y, a pesar de la lana humedecida, el contacto era agradable. Cuanto más la acariciaba a ella, más me calmaba yo. Y así, poco a poco, nos fuimos serenando bajo las gotas incesantes del gris cielo galés.

Con esa nueva calma, empecé a ordenar el sentido de mi presencia en ese lugar, aunque fuera insólito que me encontrara en esa situación. También fue insólito, pero a la vez natural, cantarle mientras la acariciaba. Arranqué con Sui Generis, *Lunes otra vez* y *Rasguña las piedras*, después algo de Los Twist, *Pensé que se trataba de cieguitos*, para ponerle un ritmo más vital, luegoprobé con Zas, *Tirá para arriba*, y seguí levantando vuelo con *Ala Delta,* de Divididos. Todo lo que nos pasa es nuestro problema, y ahí estaba yo, en el barro, mojado, cantándole rock argentino a una oveja galesa que se moría, creyendo que eso la podía ayudar. Y sucedió algo muy poco profano. Un shock químico que trascendió lo explicable. "Y la virgen pasó haciendo ala delta", canté y, boom, se detonaron imágenes a toda velocidad. Una lluvia de imágenes, pensamientos, sensaciones, todo en simultáneo, muy preciso, presente, pleno, constante.

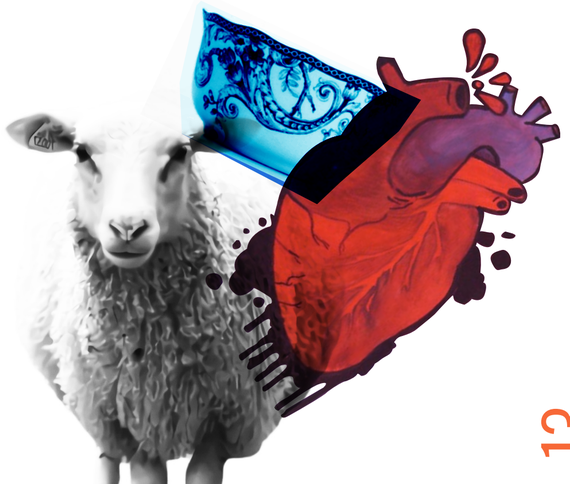
Mi primer perro, Polo, mi primer recuerdo, el jardín de infantes, el día que se me cayó la tinta azul en la cabeza, el escarabajo que se estaba por comer mi hermana de dos años y el cachetazo de mi hermano, el escobazo en la espalda a mi hermano, nunca lo había hecho llorar antes, el payaso, la sillita del payaso, el dibujo del payaso de mi abuela, la casa de mi abuela, las gallinas del fondo de los nonos, el Renault 4 de mi abuelo, mi prima cayéndose del Renault 4 y rodando por la avenida Juan B. Justo y los autos esquivándola, mi prima rodando por las escaleras de mi casa, mi prima desnuda detrás de una cortina naranja, le prometí que no se veía nada, mi papá y mi mamá tirándose con todo, yo en el medio, mi papá subiendo todas sus cosas al Falcon amarillo para no volver más, la cadenita que le regalé a mi primera novia, tal vez el mejor regalo que hice en mi vida, las sábanas meadas a la mañana por tercer día consecutivo, la guerra de kakis, los labios violetas de comer tantas moras robadas, la bicicleta celeste, la verde rodado 20, la carpa de Gesell, la humedad, el asma de Sebas, los cucuruchos de papas fritas, el último día antes de dejar el mar, la última mirada al agua.

Las imágenes seguían desfilando, y ahora lo puedo decir, pero sucedió muy rápido, fue un segundo, la oveja me miraba y parecía comprender que el que sufría un shock químico era yo. Entonces se dio vuelta, enderezó su panzota, y me dejé caer en el pasto, en el barro. Me acosté. Miré el cielo. La oveja me empezó a acariciar, me miraba con ternura y la escalera mecánica subía, me llevaba, quedaba mi familia atrás, el avión de Líneas Aéreas Paraguayas despegó de Ezeiza y también la certeza de que siempre iba a moverme sin cesar, cada vez más lejos de aquel momento en el que comprendí que la vida iba a ser mudarse 45 veces y no tener casa durante años, cuando una valija y una computadora eran hogar, la libertad, el error de intentar hacer un hogar, la idea de aferrarme a algo, ¿enraizarse en vuelo?, pensar que se puede pasar mucho tiempo en un sillón con una copa de vino en la mano, comprobar que no, mientras todo se derrumba, tanto dolor, tan en el aire es difícil construir me decía Giulia, tan en la tierra es difícil vivir le respondía yo, y nos tiramos con todo, y me vine a Gales ¿en un Falcon amarillo?, y el desfile de paisajes, caras, fotos, canciones, textos, escenarios, un oleaje, y la oveja me cantaba en galés, una canción dulce, y llovía. La luz. Esos faros tan potentes de frente, el túnel, todo era tan real, nunca dejaba de sentir las caricias de la oveja ni las gotas de lluvia, el olor a pasto, la humedad, la tierra viva, todo vivo, tan vivo, yo tan vivo en el umbral de la muerte, y yo era la lluvia, la tierra húmeda.

Entonces llega Anna corriendo, la sigue el veterinario. Hablan. Me veo responderles sin saber lo que digo. Me explotan los ojos, llenos de sangre en el lugar equivocado, y siento la inyección en la parte baja de mi cogote lanudo y pumba pa' arriba, casi inmediatamente me incorporo de un salto, es una electricidad hermosa de glucosa, profunda, empiezo a andar. Canto Zas de nuevo, "Tirá, tirá para arriba, tirá. Si no ves la salida, no importa, mi amor. No importa, vos, tirá" y corro, sé que no soy una oveja y sin embargo me sumo al rebaño. Qué bien me siento, qué libre, de nuevo. Soy una más de nuevo entre todas.

Anna me habla, no la comprendo, miro sus ojos, ella también está empapada. Why are you crying? Are you ok? Y lloro, lloro mucho. Me abraza. Me dice no llores, la salvamos, la oveja se salvó. Está allá con las otras, se fue corriendo. Ahora vamos a almorzar. Subimos al auto, arranca, unos rayos de luz se filtran entre las nubes. No extraño más el sillón. ¿Qué comemos, Anna?

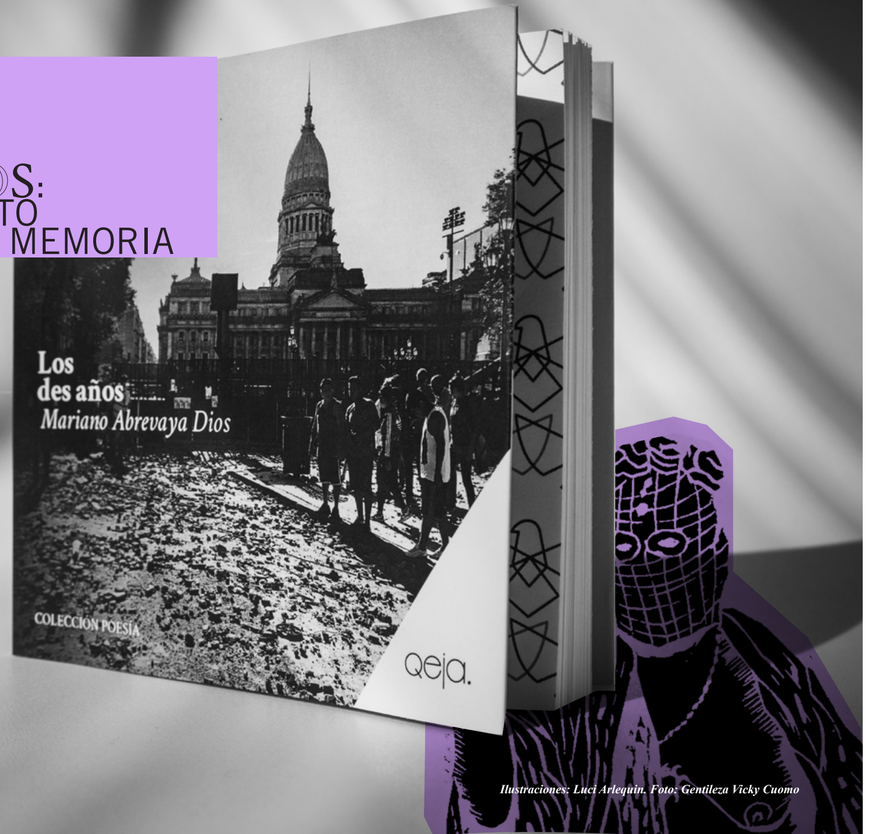
Ya no llueve.



LOS DES AÑOS, DE MARIANO ABREVAYA DIOS: NOMBRAR LO MALDITO PARA NO PERDER LA MEMORIA

Un clima político que ahoga. El gobierno macrista, su nivel de estrago y catástrofe, es el subterráneo espeso que atraviesa este libro, un registro de época en forma de crónica poética para que conste en actas. A lo largo de veintitrés estaciones-poemas, el autor avanza, se detiene, observa y relata para que entre la luz.

POR: DARÍO SOSA



Ilustraciones: Luci Arlequin. Foto: Gentileza Vicky Cuomo

"Ni un pasajero / de los que iban a la calle corrientes / se dio cuenta de que nos elegimos / no íbamos de la mano / ni siquiera nos miramos / vos navegabas el twitter / yo me colgué del apoyabrazos / ¿cuánto silencio se puede tolerar / en una sola noche?", dice y se pregunta el narrador en el poema inicial de *Los des años* (qeja ediciones, 2020), el primer libro en el género del escritor y director de la revista político-cultural Kranear, Mariano Abrevaya Dios. Con estos versos de entrada sumerge a quien lee a respirar el aire caldeado del subte y será ese tono el que atravesará el poemario, como un viaje en un tren fantasma.

Aun cuando el poeta sale a la superficie el aire no cambia, continúa dentro de ese tránsito subterráneo y sofocante. Los "des años" son los años de gobierno macrista. En cada estación-poema, el autor se detiene y relata lo que observa. Rompe el silencio porque más no se puede soportar. Cambia el ritmo cuando, en algunos poemas, cuenta al otro, al que es la patria. Los versos giran en una calesita tan desvencijada como el ánimo de este hombre: "Su hija reaparece / arriba del coche de acero despintado / le busca la mirada / él fuerza una sonrisa / sus labios se estiran / como una cinta transportadora / derruida, oxidada". O se entreveran con las palabras de un pibe que, buscando el mango, improvisa con el movimiento del tren "frases y rimas / cuadros, himnos / con la belleza de los pícaros / los justos".

En 23 poemas, titulados con números, el escritor recorre las medidas socioeconómicas que aplicó Cambiemos en el país durante el período 2015-2019 y el impacto que provocó en gran parte de la sociedad. Y lo hace con el pulso urgente que da el presente, en tiempo y cuerpo. Porque, a la distancia, pareciera que no había otra forma de transitar el desastre cotidiano del macrismo que no fuera con palabras calientes buscando desahogo, ya sea en Twitter, en la calle, en los espacios de militancia, puteando en la cancha o en un recital.

El libro es un compendio de poemas narrativos que en muchos casos hacen foco en espacios militantes o miran desde ese lugar. Igual que su primera novela, *El predicador invisible* (Ciccus ediciones, 2018), en la que Mariano Abrevaya Dios cuenta a través de la historia de Dante, un militante de barrio, los primeros años del segundo gobierno kirchnerista y mira el mundo desde lo político. Al leer *Los des años*, casi es posible ver al autor militando, amando, quebrado, luchando, feliz, triste, enojado, con un anotador y una lapicera, vomitando su bronca en versos.

Se puede leer como un registro de época. Es casi una crónica poética de lo que se sufrió en carne propia hace no tanto, pero que ya parece algo lejano, borroneado como un mal sueño, y que *Los des años* vuelve a mirar, a mostrar, para no dejar que se olvide. Por ejemplo, algunos de los programas nefastos impulsados por el gobierno pasado, como el denominado "Ofensores en Trenes". Porque, como dijo Cristina Fernández de Kirchner (a quien el autor le dedica el libro), "la patria es el otro" y Abrevaya Dios se mete en el cuerpo de un pibe detenido por aquel control poblacional ideado por Patricia Bullrich y escribe con pulso punk: "se le fija / el aire viciado / en la garganta / como si fuese / un nido de insectos / la sangre le muerde las venas / infla las arterias".

Represión, desempleo, gatillo fácil y la doctrina Chocobar, los símbolos patrios usados, pisoteados, y el perdón a los reyes de España son otras de las estaciones del tren del terror que transita el conjunto de poemas. Pero también, como el rayo de luz que atraviesa la tapa oscura del libro, aparece la militancia recordando "que las sonrisas y los abrazos son nuestros / a pesar de todo". Es una tarea titánica soportar el silencio en una noche angustiosa y dejar la palabra en manos de ellos sería inmolarse. *Los des años* toma esa palabra, funciona como crónica histórica y, sobre todo, como respuesta artística a la opresión de un tiempo que es mejor no olvidar.

Los des años (qeja ediciones, 2020), de Mariano Abrevaya Dios.
Se consigue en físico.

VALERIA LOIS

“LOS ACTORES Y LAS ACTRICES TENEMOS ALGO AUTORAL TAMBIÉN, PERO CON CARNE, CUERPO”

Es una primera figura, aunque de bajo perfil. En teatro hace vibrar al público y lleva su estilo al cine y hasta a la televisión más mainstream. Risas, llantos, incomodidad, ternura, temor, siempre en la delgada línea de la ambigüedad que inquieta. Así actúa, de ese modo lee literatura, y todo lo mezcla con un nuevo plan: escribir.

POR: MARIANA ARMELIN

Fotos: Gentileza Valeria Lois. Ilustraciones: Luci Arlequin

Tal vez la recuerden por éxitos como Claudia, la esposa psicóloga de Dady Brieva en Guapas, o Aldana, la terapeuta en *Silencios de familia*. Pero estas líneas no las escribe Troy McClure, como para usar esa fórmula de presentación simpsoneana, y Valeria Lois es mucho más que dos éxitos en tanques de Pol-ka. Actriz que descubrió su vocación de chica, se formó con Pompeyo Audivert, Ciro Zorzoli y Paco Giménez. Sube a las tablas desde los 17 años y puede protagonizar desde *Estado de ira*, la multipremiada obra de Ciro Zorzoli que estrenó en 2011, hasta el sutil duelo de interpretación de *Dos minas*, dirigida por Alejandro Catalán en 2006.

“Yo vengo del teatro, siento que esa es mi casa, mi lugar, que siempre que quiera voy a poder hacer algo ahí”, dice. Por eso, no la detiene ni la pandemia. Acaba de volver a escena con dos de sus hits: *La mujer puerca*, de Santiago Loza, un unipersonal que estuvo más de siete años en cartel, y *La vida extraordinaria*, de Mariano Tenconi Blanco, donde con Lorena Vega encarnan a dos mujeres unidas por la amistad y la poesía.

Lois ama la literatura y es más que una lectora. Es una actriz que lee. “Tengo la sensación de que en el cine se puede reproducir una versión más fluida de un libro”, reflexiona. Y, entonces, ahí se mete. Entre las casi veinte películas en las que actuó están, solo por nombrar algunas bien recientes, *Los sonámbulos*, de 2019, y *Las Siamesas*, estrenada en diciembre, ambas de Paula Hernández, y la última basada en el cuento homónimo de Guillermo Saccomanno.

“En general no soy clara cuando hablo”, dice su bío en Twitter, pero ella la desmiente cuando hilvana temas que la apasionan. Entre ellos, está la literatura. Aunque cada tanto la interrumpen algunos abejorros que llegan desde su jardín, sigue contando qué le gusta de cada libro, enmarcada por una enorme biblioteca. Recuerda que empezó a leer cuando era muy chica: “Tenía mis favoritos. Por ejemplo, *Papaíto piernas largas*, que me volvió loca cuando entendí que se trataba de una novela epistolar y una relación amorosa construida en base a cartas. Y lloraba leyendo *Mi planta de naranja lima*, un drama total, tremendo”.

—Tu personaje de *La vida extraordinaria*, ¿es la primera gran lectora que interpretás?
—Siento que *La vida extraordinaria* viene a compensar a todas las no lectoras que hice antes. Hay algo en las vidas de estas dos mujeres que se ve totalmente atravesado por la lectura y la escritura. Escribir y leer las salva. Aurora Cruz, mi personaje, tiene un padre librero. Decide volver a la vida social después de tener un hijo y en una tertulia de poesía se enamora de un poeta como nunca antes sintió el amor. Entonces, escribe un diario para no enloquecer, o mientras enloquece lo escribe, y ahí encuentra la lucidez para salvarse. En un momento, dice: “ahora comienza una nueva vida que es, en verdad, la misma vida de siempre, pero nueva”. Me encanta eso. A veces una, forzadamente, por decisión, siente que empieza una nueva vida, pero siendo la misma, ¿no?

—¿Con alguna amiga tenés un vínculo relacionado con la literatura?
—Con mi amiga desde la secundaria, Camila Villamil, tenemos una relación de esas que parecen que vienen de una vida anterior. Ella y su familia me introdujeron a conocer autores y libros que terminaron siendo definitivos para mí. Por nombrar a uno, Salinger y todo lo que publicó. Lo descubrí gracias a ella y a su madre, Laura Falcoff, y fue como la luz en el camino.

—¿Y sigue siendo tu oráculo literario?
—Justamente, en esta nueva vida que es la vida en pandemia, Camila me escribió un día para decirme: “bueno, acabo de leer un libro que siento que podrías haber escrito vos”. Era *Los Sorrentinos*, de Virginia Higa, que cuenta la historia de una trattoria en Mar del Plata. Puntualmente, la del tío de la autora, Chiche, que es el que inventó, o mejor dicho llevó, los sorrentinos a esa ciudad. Es hermoso. Y, de verdad, mientras leía sentía que lo podría haber escrito yo. Me hubiera encantado. Lo leí con esa alegría especial de cuando se lee un material que es muy cercano.

—¿Qué te resulta cercano del sorrentino?
—Ja, ja. No concretamente el sorrentino. Yo todavía no publiqué un libro, pero hace muchos años escribí algo para el suplemento cultural Radar sobre la historia de mi familia italiana. Más recientemente les grabé partes del texto de Higa a mis primas, que son muy importantes en mi vida y que están mencionadas en ese viejo artículo. Les leía en voz alta, mandaba el audio, y ellas me ponían abajo, en el chat, “el tío Walter”, que es nuestro tío. Cada referencia iba exacta.

—¿Y qué tiene Salinger para haberse hecho luz de tu camino?
—Yo leía hacía rato y bastante. Tenía mis favoritos y un gusto por la lectura. Pero lo que me pasó con Salinger es que enloquecí sintiendo que alguien escribía con una ironía y sutileza que me atrapaban por completo. En la mayor parte de su obra está presente la familia Glass, que son esos hermanos y niños prodigio. Es una locura cuando se va descubriendo, novela a novela, cuento a cuento. Es como abrir una historia maravillosa, de una sensibilidad total, con un nivel de empatía con la emoción increíble.

—¿Ahora qué te gusta leer?
—En general novelas, cuentos, algo de relatos breves. Eso me interesa y me atrapa, digamos.

—¿Hay algún libro que regales siempre?
—Estoy prestando mucho *Estas muy callada hoy,* de Ana Navajas, que me encantó y, entonces, quiero que todas las que están cerca lo lean. En una época regalé mucho *Ladrilleros*, de Selva Almada, que me parece hermoso. También repartí muchos ejemplares de *Agosto*, de Romina Paula, que es precioso. El año pasado estrenaron *La muerte no existe y el amor tampoco*, una película de Fernando Salem basada en esa novela. Ay, ese libro sí que me encantó. Aparte no es que alguien me dijo “léetelo”. Me pasó que fui unos días de vacaciones a una casa en el Tigre y estaba ahí. Lo agarré porque era de Romina, que la conozco como dramaturga, y me encanta. Y la novela me atrapó completamente.

—¿Tuviste otras lecturas que te llegaran así, por casualidad o intuición?
—Sí. También me pasó con el *Borges*, de Bioy Casares, en otras vacaciones. Dos veces fui a una casa en Uruguay que tenía el libro. La primera vez lo vi, lo agarré y no paré de leerlo. Pero se terminó el viaje antes que el libro. La segunda, cuando llegué, lo primero que hice fue ver si seguía ahí y estaba, así que me pasé todo el verano leyendo eso. Ni agarré lo que había llevado.

—¿Qué personaje de literatura te gustaría hacer en cine o teatro?
—Hay una escena en la novela *Franny y Zooey,* de Salinger, que me encantaría poder hacer y actuar. Es muy hermosa. Zooey, que es el hijo menor de los Glass, está en la bañadera y la madre entra al baño, se pone a ordenar el botiquín y le habla. Me fascina desde que no tenía edad para hacerla. Ahora sí, ya la tengo, entonces estaría buenísimo. Y *Un día perfecto para el pez banana*, también. Es un cuento de Salinger en el que, en un momento, la mujer de Seymour Glass tiene una charla telefónica con su madre mientras se pinta las uñas. Parece que no pasa nada, pero pasa de todo. Es espectacular.

—¿Alguna vez te escribieron un personaje para vos?
—Con Santiago Loza, el autor de *La mujer puerca*, nos reímos porque él en esa época escribía los monólogos pensando en actrices, pero justo este no era para mí. Lo pensó para otra, que al final no pudo hacerlo. Y uno de los comentarios que más se hacen sobre *La mujer puerca* es que no se imaginan a otra actriz en ese personaje. Después, Maruja Bustamante escribió *Paraná Porá*, un texto hermoso que se trata de dos mujeres que estuvieron enamoradas y fueron pareja del mismo hombre al mismo tiempo. Un día llama y me dice: "quiero hacer esa obra con Monina Bonelli y con vos, porque veo en ustedes algo parecido y diferente al mismo tiempo". Eso fue lo más cercano a que me escribieran un papel. La directora, en realidad, me eligió por un tema de physique du rôle.

—Si no fueras actriz, ¿qué serías?
—Decir que me encantaría escribir es una obviedad. Igual, eso me encantaría. No podría irme mucho más lejos de la actuación. Para mí, están un poco juntas las dos cosas, porque los actores y las actrices tenemos algo autoral también, pero con carne, cuerpo. Yo trabajo con directores y autores que respeto mucho, sin embargo también me siento muy dueña de lo que hago. Ahora voy a empezar un taller de relato autobiográfico. Me anoté sin sentir necesariamente que me vuelvo loca de ganas por escribir la historia de mi vida, pero al mismo tiempo diciendo "abramos esta puerta y veamos hacia dónde voy".

Spoiler alert: seguramente, irá hacia ese lugar en la escritura al que llega en la actuación, que tiene la marca registrada Lois, una que ella misma define con claridad así: "Hay un entramado de sentimientos y sensaciones que me encanta y es lo que intento dar en escena todo el tiempo y que cuando recibo en forma de novela o de cuento me vuelve loca, me fascina. La contradicción de la vida, o de como a mí me gusta vivirme y leer; lo que es tremendamente patético es al mismo tiempo gracioso y también triste y esperanzador".

Como quien no quiere la cosa, vamos a cumplir un año de pandemia (emoji de El Grito), pero también ocho meses de intercambio (casi un embarazo a punto). Lo malo y lo bueno, todo mezclado, porque los encierros nos regalaron el tiempo de armar esto para ustedes y a cada cual que tenga sus ojos puestos en estas líneas, de leer a nuestra criatura. ¡Está viva!, exclamamos cual doctor Frankenstein, pero jamás vamos a abandonarla a su suerte, somos mejores que el irresponsable Victor.

Este ejemplar se terminó de ensamblar a mediados de febrero de 2021, remotamente por aislamientos preventivos varios, entre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Delta del Tigre. Salió al mundo en marzo de 2021. Obvio que queda permitido bajarlo, sugerimos lo coleccionen y esperamos lo atesoren.

Hasta el próximo número, que será en junio.
Cariños.

DIGAN SUS ELOGIOS